

6. EL ANÁLISIS POLÍTICO Y LAS TEORÍAS DEL DESORDEN	35
6.1. GEORGES BALANDIER Y LA TEORÍA DEL DESORDEN Y DEL CAOS	35
6.2. NICOLÁS TENZER Y LA SOCIEDAD DESPOLITIZADA	44

6. EL ANÁLISIS POLÍTICO Y LAS TEORÍAS DEL DESORDEN

En la perspectiva europea podemos distinguir, entre otras, algunas tendencias teóricas que por su importancia orientan el debate contemporáneo sobre la problemática política. A continuación nos referimos a George Balandier y a Nicolás Tenzer en busca de recuperar lo más significativo del enfoque de cada uno.

6.1. GEORGES BALANDIER Y LA TEORÍA DEL DESORDEN Y DEL CAOS

George Balandier, representante de este enfoque y de la sociología dinámica, orientado al estudio de los cambios, los movimientos sociales y el futuro de las sociedades, busca dar respuesta a las preguntas de cómo, por qué y hacia dónde se están transformando las sociedades modernas. Este autor es parte de un grupo de pensadores opuestos al paradigma estructuralista, entre los que podemos distinguir a Alain Touraine, Edgar Morín, Georges Gurvitch y Jean Duvignaud.

En la perspectiva de Balandier existen otros factores que explican la importancia de las grandes transformaciones actuales —la tecnología, la dominación política, la incertidumbre, la resistencia cultural— que provocan que la noción de estructura pierda su privilegio epistemológico.

Señala el autor que otorgarle tanta importancia al análisis estructural es suponer que sólo las estructuras internas de una sociedad provocarán y definirán su futuro. Se impone, por lo mismo, una doble preocupación: tomar en cuenta la “dinámica de los factores externos” y sus interrelaciones.²⁷

Introduce, además, los conceptos de *agentes sociales* y *permanencia estructural* para explicar que las sociedades no son jamás lo que parecen ser o lo que pretenden ser. Éstas expresan, en este nivel, dos rostros: uno superficial

²⁷ El texto más importante de Georges Balandier es *El desorden*, Gedisa, Barcelona, 1994. Ha escrito otros, menos conocidos en América Latina, como *Sens et, Puissance, Les Dynamiques Sociales, Le Détour: Pouvoir et Modernité* y *Le pouvoir sus scenes*.

que nos indica formalidad de las estructuras oficiales y otro, más profundo, que nos hace ver las relaciones reales y el fundamento de las prácticas político-económicas y la dinámica del sistema social.²⁸ Retoma de Henry Lefebvre la necesidad de distinguir en toda sociedad la “complejidad vertical” —es decir, la persistencia de formas estructurales y relaciones tradicionales— y la “complejidad horizontal”, que corresponde a la forma como se entrecruzan las estructuras tradicionales, modernas y contemporáneas en un mismo tiempo.

Por lo mismo, el análisis político de largo plazo, así como el conyuntural, está obligado a seguir el curso de la “complejidad social y política”, y de las fuerzas latentes que se revelan o surgen a la par de los conflictos.

A nivel político, Baladier pone atención en la reflexión de las relaciones políticas (el poder, el orden y la subordinación). Incluye en este análisis los conceptos de precariedad y vulnerabilidad de la relación política.

De los análisis realizados por el autor, sobre todo en el caso africano, se desprenden algunas reflexiones a propósito del conflicto y sus consecuencias:

- Cómo y en qué circunstancias los conflictos sociales se convierten en conflictos políticos.
- Siendo la política el lugar del conflicto, nos conduce a una lectura sobre las distintas formas de violencia: visibles, institucionalizadas o no visibles, entre otras.
- Distingue, además, grados y niveles del conflicto, en la intensidad de las variables que lo conforman, así como en las estrategias de cambio.

Por otra parte, Balandier otorga un rol significativo al sistema simbólico, sobre todo en aquellas sociedades de transformación rápida en las cuales se contradicen la cultura y la manera de ser tradicional con las representaciones modernizadoras. Es decir, la oposición entre lo tradicional y lo moderno, y las múltiples combinaciones imprevisibles a que pueden dar lugar.

Aquí es importante subrayar que las configuraciones simbólicas respondan a una situación concreta, expresen y le den sentido a lo concreto, lo que permite distinguir la continuidad de las transferencias simbólicas y los múltiples entrecruzamientos del imaginario político en los Estados modernos.

En esta perspectiva, el autor analiza las múltiples figuras de la dramatización política, los múltiples procesos dramáticos empleados por el poder, así como las modalidades de la teatralidad estatal.

²⁸ Véase el capítulo “La sociedad ya no es más lo que era”, en *El desorden*, de Georges Balandier, *op. cit.*, pp, 60-83.

El poder, señala, se legitima por la producción de imágenes, por la manipulación de símbolos y su organización en un espacio que podemos llamar la teatralidad estatal. Esta situación se expresa de manera muy clara en Latinoamérica, en países en donde el costo social provocado por las políticas de ajuste estructural y la privatización ha obligado al Estado a recurrir a un discurso nacionalista y populista para garantizar la unidad y la cohesión social.

En otros casos, mientras se desmantela lo público y lo social buscando crear sociedades privatizadas en los distintos niveles que las conforman, los gobiernos asumen la defensa de la masa y del pueblo reivindicando sus intereses y necesidades.

Pero lo más representativo de Balandier a nivel teórico es la reflexión que realiza sobre el orden y el desorden. Señala que no hay un orden definitivo en los sistemas sociales, sino que existe siempre un desorden inherente al orden que amenaza permanentemente su desarrollo.

Esto no significa que Balandier afirme que todo orden es sólo aparente, que se reduzca al desarrollo o que considere que la transición de la modernidad a la posmodernidad provoque necesariamente situaciones de desorden.

Se trata, en el fondo, de las causas por las cuales el orden deviene en desorden. Por lo tanto es importante el análisis de la naturaleza de la "realidad del desorden". En las sociedades contemporáneas, más que nunca, el desorden se desplaza por las diferentes producciones simbólicas, desde la literatura hasta el discurso político. En este universo de transformaciones aparentemente racionales surgen las formas reales de desorden que confirman que el desorden no es solamente parte de la imaginación.

Balandier sugiere la necesidad de evaluar el concepto "desorden", iniciando la vía de la reflexión en esta dirección con la finalidad de mostrar las múltiples rutas de la relación orden-desorden y desorden-orden. Este planteamiento rompe con los esquemas estructuralistas de la determinación social y política a partir de la observación del desorden en el seno de los partidos, de las organizaciones sindicales, empresariales y, en general, en la sociedad.

Señala, asimismo, la necesidad de prestar atención a lo imprevisto en la vida política, ya que en el sistema político existen zonas claras y oscuras, estructuras altamente formalizadas, y no formalidades que escapan al control de lo determinado. En suma, el objetivo que anima a Balandier al estudiar el desorden es explicar los procesos de cambio y los procesos de estructuración-desestructuración que se desarrollan en el mundo contemporáneo.

Otro aspecto no menos importante que distingue el autor es la problemática que observa en los países en los que se asiste a un proceso de transición, en donde los actores que conducen el cambio tienen una práctica y sentido político distinto y opuesto a las fuerzas conservadoras.

Considera Balandier que las ciencias sociales, que están condenadas a reformarse, hoy se alejan de los sistemas de referencia y de los modos explicativos que las han orientado durante varias décadas: “El conocimiento de sus conocimientos es uno de sus objetivos”.

Si las ciencias sociales están condenadas, comenta el autor, se impone un “nuevo” nacimiento, toda vez que la sociedad ya no es más lo que era: su movimiento mismo, sus cambios y desórdenes imponen otro diálogo con lo social a fin de que resulte más inteligible.²⁹

En busca de otorgar un sentido analítico a las formulaciones teóricas de Balandier, podemos leer la realidad del cambio retomando a Llya Prigonine y a Isabelle Stengers para afirmar que ya no son más las situaciones estatales y permanentes lo que nos interesa, sino las evoluciones, las crisis y las inestabilidades; ya no más sólo lo que permanece sino también lo que se transforma.³⁰

Por la magnitud de los cambios en el este de Europa y el proceso de ajuste estructural en América Latina, lo simple se ha vuelto complejo, lo múltiple prevalece sobre lo singular, lo alternativo sobre lo determinado y el desorden se impone sobre el orden, de manera que no sólo lo económico se desestructura y recompone; lo social y lo político son también espacios de cambio imprevisibles, de lo inédito, de una producción continua de sí mismos en donde el orden y el desorden actúan juntos, acentuando la complejidad, multiplicador de los posibles e imposibles. Por lo tanto, esa relación se convierte en un factor de lo imprevisible e improbable.

En esta línea de razonamiento, Balandier argumenta que “ninguna organización, ninguna estabilidad es, en cuanto tal, garantía ninguna que se impone en derecho. Todas son productos de la circunstancias y se encuentran a merced de las circunstancias”. El desorden trabaja siempre, lo que existe lleva el signo de la inseguridad o, si se prefiere, de la vulnerabilidad.³¹

Por lo mismo, la refundación del sistema capitalista en América Latina se encuentra a merced de factores externos e internos. Lo que existe en ese proceso de liberalización y apertura del mercado es el signo de la inseguridad, lo que la prensa califica como desconfianza e incertidumbre. De ahí que la desconfianza se convierte en una amenaza que impide y obstaculiza la inversión externa.

Balandier busca a través de su contribución teórica dar un lugar al desorden en la teoría social. Comenta textualmente que: “La teoría social actual se inscribe en el proyecto de construir una sociología dinámica, generativa, basada en una doble experiencia: la de las sociedades de la tradición sometidas

²⁹ *Ibid.*, p. 61.

³⁰ *Ibidem.*

³¹ *Ibidem.*

a la prueba de las grandes transformaciones y la de las sociedades de la modernidad en las que predominaban el movimiento y la incertidumbre".³²

Un argumento realmente importante para entender la naturaleza del desorden, según este autor, es que toda sociedad revela diferencias sectoriales en materia de temporalidad, presencia activa del tiempo y sus efectos. Esas temporalidades diferentes, de sector a sector, son generadoras de desajustes; cuanto más se acentúan esas diferencias, tanto más se multiplican los desequilibrios y el surgimiento de un estado de desorden y crisis.

El planteamiento anterior pareciera señalar la existencia de diferentes tiempos: el tiempo político y el histórico, el tiempo real y los tiempos que acompañan a cada sector. Por lo tanto, se puede hablar de un tiempo en el nivel de la modernización política y de otro tiempo, no necesariamente coincidente, en la reforma económica. Podemos también plantear la diferencia del tiempo que surge del pasado y el tiempo que se desprende del futuro.

Siguiendo este enfoque podemos señalar que la transición de la modernidad a la posmodernidad tiene efectos positivos y negativos en todos los campos. Las temporalidades de la sociedades más activas, y por lo tanto dominantes, no son armónicas con las de las sociedades tradicionales durante su búsqueda del progreso y de la reducción del retraso. Se producen, entonces, desajustes de origen externo e interno y, en consecuencia, nuevas posibilidades de ruptura en la continuidad. Se multiplican los lugares de inestabilidad y de caos, de riesgos y de desintegración.

En estas circunstancias de cambio y transición el orden del conjunto nunca es sino aproximativo y vulnerable, siempre inestable y, por eso mismo, es un generador de incertidumbre, lo que permite que la sociedad se presente tal cual es. Surgen fenómenos y problemas que se creían superados como, por ejemplo, los movimientos étnico-raciales en Estados Unidos y Europa, y otros de tendencia radical y fundamentalista en el este de Europa.

Otro aspecto es la problemática de la temporalidad sectorial que nos permite explicar las representaciones (político-económicas) actuales de la sociedad. La continuidad es un hecho, dirá Balandier, pero también es una ilusión.

El juego de las temporalidades pone a prueba a las sociedades así como a los objetivos principales de las instituciones políticas y de los actores. Sin duda habrán actores cuyo tiempo político (temporalidad) se ubica en el pasado, de manera que sus reivindicaciones, sus demandas, su forma de acción y práctica política se inscriben en ese tiempo. En cambio, otros actores establecen su estrategia y sus objetivos a partir del futuro. Esa situación expresa un escenario

³² *Ibid.*, p. 62

político radicalmente diferente al del pasado, en el que queda redefinida la participación política, el conflicto y las distintas formas de control estatal.

En la medida en que la sociedad está en constante transformación ella es el lugar de una “actividad total”, donde las temporalidades múltiples (políticas y sociales) se ponen en marcha, conjugándose u oponiéndose.

En este sentido, afirma el autor, la sociedad, al tomar conciencia de sí misma, adquiere la doble capacidad de pensarse y reproducirse. En este proceso de ruptura y transformación no cabe la restauración, sino la creación como una constante de producción y autorreproducción.

Balandier afirma contundente que: “El estado transitorio es el de una crisis de elementos opuestos que coexisten en un orden sin duración; la ruptura debe producirse impulsada por una necesidad imposible de contrariar y generadora de una forma social radicalmente diferente”. El momento histórico es el de una bifurcación: después de la ruina del edificio mantenido durante la transición —su reducción al desorden— una “nueva organización social” aparece. El desorden no interviene sino como condición del nacimiento de otra sociedad en circunstancias históricas excepcionales. Esta situación se observa claramente en el este de Europa.

El desorden adquiere, así, un valor explicativo, en la perspectiva del autor. En cuanto condición de las teorías del “cambio social”, se trata de otorgarle un “lugar al desorden” en la lógica explicativa de los funcionamientos (modo de existencia) y transformación (modo de situación en el tiempo) de lo social.³³

De allí que la crisis pueda ser vista como un “estado de situación”, en el que se combinan el orden y el desorden. La crisis impone la transformación de lo improbable, el establecimiento de estructuras relativamente estables sobre una base inestable.

La conciencia de la crisis permite que la conciencia del desorden se convierta en un instrumento político que obliga a ver los problemas y fenómenos bajo los aspectos de la dispersión, de lo aleatorio y del poco control. Revela que la construcción del futuro se efectúa sobre una base inestable. Con este planteamiento el autor nos hace ver que la crisis ya no sólo es conyuntural, sino que la sociedad se encuentra en un desorden permanente.

Para validar su argumento nos presenta como ejemplo el desarrollo tecnológico que aparece como productor de un orden cada vez más complejo y de un desorden ya sea catastrófico a nivel ambiental, ya sea perverso con efectos de desastre nuclear, químico y biológico.

³³ Véase el capítulo sobre “El desorden ilimitable y primero ignorado”, *ibid.*, pp. 70-73.

El desorden, en esta lógica, se materializa en procesos de autodestrucción. “En los periodos de las grandes transformaciones, mientras que todo es puesto en movimiento, el poder debe contemporizar con la incertidumbre, enfrentar situaciones cuyo conocimiento completo y control total se le escapan; tiene menos que antes la posibilidad de triunfar *evidentemente* y sus fracasos ocultan o desvalorizan los resultados de su acción”.

Por último, conviene retomar de Balandier el planteamiento siguiente: “pensar este tiempo y en este tiempo es necesariamente pensar en el movimiento”. Las ciencias sociales tradicionales, según el autor, nos llevan a la preferencia de la estabilidad (lo funcional, lo estructurado, lo organizado).

En la situación actual, considera, “lo real se aprehende en y por el movimiento, necesariamente; éste requiere que se identifiquen las nuevas formas de temporalidad y, por consiguiente, de los tiempos sociales (políticos)”. Señala también que:

la comprobación global es la de una descomposición del tiempo unificado que se realiza en el siglo xx, proceso de aceleración que arrasa una larga tradición filosófica que postulaba esa unidad, y que lleva a no asir más el tiempo unificado sino a partir de sus diversas manifestaciones y en la dispersión. Su estallido hace pensar (y creer) que él mismo está bajo la influencia de los generadores del desorden.³⁴

Buscando hacer un balance, a partir de Balandier, podemos inferir que por encima del “tiempo histórico”, surge y se impone un “nuevo tiempo real”: el tiempo histórico ya no asegura la unidad y la regularidad del sistema, ya no es el material principal a partir del cual los hombres constituyen y dirigen su temporalidad, con la que se funda su orden político social. Los puntos de referencia temporales ya no tienen referencia histórica y otras señales redefiniendo el horizonte y el proceso de construcción del futuro.

Los partidos políticos, que ya no reconocen claramente en su trayecto y en su condición de crisis el tiempo histórico, se han visto despojados de las nociones de estabilidad y regularidad. Incluso se puede señalar que las organizaciones (partidos, grupos empresariales y sindicatos) se deben sentir como “extranjeros” en este periodo de transición modernizante.

El gran problema de toda esta circunstancia son las consecuencias que puede generar el desorden, entre otros el caos y la incertidumbre. Balandier expresa claramente esta situación: “Cuando el desorden, por su intensidad, su duración y su extensión, se identifica con el caos, la incertidumbre y la inquietud ya no son la única manifestación que produce.”

³⁴ Georges Balandier, *El desorden...* op. cit., p. 157.

Ya no es únicamente lo inexplicable, ahora se percibe como el factor de un contagio que amenaza con no dejar nada en buen estado; aparece también como “el revelado” por el cual los problemas y las dudas padecen una especie de acrecentamiento. Muestra las cosas en negativo, convierte las certidumbres, las ignorancias y las indiferencias en recelos que se generalizan y amplifican.

Es posible, en este contexto, que el desorden afecte la institucionalidad misma; nada queda en su lugar ni en su sitio, lo que obliga pensar en reformas estructurales y en una nueva planeación estratégica estatal que busque administrar el desorden. La particularidad de esta situación consiste en que el orden del futuro se está construyendo a partir del desorden en el presente. Por ello, el valor analítico que le otorga el autor al “desorden”.

De manera dramática, en caso de darse ese panorama de desorden en el cambio, la racionalidad se vuelve irracional y en esa circunstancia

los poderes parecen paralizados. Sus palabras se vacían todavía más, sus ritualizaciones apaciguadoras ya no funcionan, sus actos se vuelven poco creíbles.

Bajo la luz de la crisis reavivada, los políticos parecen situarse fuera de la sociedad, aparte, sin amarras a la más cercana de las realidades. Así se encuentra acentuada con fuerza una tendencia que ha aparecido periódicamente en el curso de la historia de las democracias y principalmente de la francesa: la del escepticismo de los ciudadanos que entraña el descrédito de los políticos. El desorden que impone la crisis revela más (y, para los sometidos, con un riesgo personal e inmediato en juego) los límites y las impotencias de los dirigentes.

Este debilitamiento de la representatividad, de la capacidad, se encuentra de manifiesto con exageración mientras que es también el resultado de transformaciones anteriores o en vías de realización: la complejidad creciente de los problemas que contraría la búsqueda de soluciones, el movimiento continuo de las cosas que obligan a negociar con la incertidumbre, el nuevo régimen de la información que somete a la ley mediática según la cual la imagen (el espectáculo) prevalece sobre el mensaje.³⁵

“Todo parece entonces deshacerse y se deshace realmente: las jerarquías, el derecho y la justicia, la salvaguarda de las personas y los bienes, la presión de los valores y el conformismo ya no funcionan más; es el retorno de una especie de caos colectivamente puesto en escena.” La sociedad paralizada asiste a la pérdida de la ética y la moral; la confusión entre lo legal y lo ilegal irrumpe alterando la normatividad existente. La violencia aflora en todas sus dimensiones y la inseguridad pública prevalece en la vida cotidiana. En esas circunstancias,

³⁵ *Ibid.*, pp. 179-180.

la popularidad política puede ser buscada mediante el tratamiento eficaz de la violencia, con una dramatización del orden frente a la agresiones puestas en escena por iniciativa terrorista. Se desarrolla, entonces, lo que fue reconocido en Italia como una “cultura del estado de urgencia”, donde los miedos pueden más que las salvaguardas de las libertades, donde los fines se mezclan con la ventaja de los resultados manifiestos y donde el uso del derecho prevalece sobre su letra. La democracia enfrenta el riesgo de pervertirse al asegurar su propia defensa. Es la trampa temida por el terrorismo: mostrar al Estado desamparado o, a la inversa, hacerlo insostenible, empujándolo a un control cada vez más estrecho de la sociedad civil, inclinándolo hacia una especie de totalitarismo....

Dado esto, “la crisis del poder sería también una crisis de la representación; el político ya no representaría a nadie sino a sí mismo y los representados, ya no representados, ya no se considerarían más como tales; ya no participarían más por la adhesión, sino por la emoción y las creencias sinuosas sometidas a los efectos especiales producidos por los medios de comunicación”.³⁶

En este marco, el espacio de lo político se reforma bajo la presión de la necesidad del Estado; su componente técnico, burocrático-racional, expansivo en el transcurso de las décadas pasadas, no basta, y esto comienza ahora a saberse. Su componente ideológico e ideal, simbólico e imaginario, se reforma integrando los medios de la comunicación moderna. En un mundo trastocado por los cambios, abierto a las incertidumbres y las inquietudes que alimentan la conciencia del desorden, se refuerza la demanda de una “imagen del poder supremo creíble”.³⁷

Finalmente, Balandier afirma que una sociedad y una cultura que se transforman al punto de parecer en cierto modo extrañas a sí mismas provocan la espera de un poder capaz de concordar con el nuevo estado de cosas a fin de aprovechar sus potencialidades de lograr su control progresivo, organizándolas y de hacer surgir el sentido necesario para la orientación general de las conductas individuales y colectivas.

El orden nuevo, producto del nuevo protagonismo estatal, hace de la ruptura con el pasado y de la proyección hacia el futuro una transgresión necesaria. Este nuevo orden niega el curso de la historia anterior, llama enemigos causantes del desorden, agentes del mal social y factores de declinación a todos los emisarios del pasado. El poder, en esas circunstancias, se vuelve más

³⁶ Véase el capítulo “El político debilitado, la incertidumbre y el desorden”, en Georges Balandier, *El desorden...*, *op. cit.*, pp. 196-203.

³⁷ *Ibid.*, p. 202. Sugerimos sobre este tema, el capítulo “Formas de la respuesta al desorden”, pp. 203-222.

independiente de lo político, se refugia en el “saber” como nuevo atributo que lo legitima. El poder ya no puede disociarse de lo espectacular y, por lo mismo, se ubica por encima de la sociedad, como portador de la racionalidad del futuro.

6.2. NICOLÁS TENZER Y LA SOCIEDAD DESPOLITIZADA

Nicolás Tenzer surge al estudio de esta problemática a partir de la constatación de las crisis “intelectual”, “ética”, “de la cultura”, “de la sociedad”, “de la política” y “económica”. Considera que se trata de una “crisis global” y que sólo puede ser entendida en su globalidad, pero ante todo la considera política. Tenzer entiende que “la sociedad ya no se percibe ella misma de manera coherente y es incapaz de conducir su unidad”.³⁸

Conviene retomar los aspectos fundamentales que, según el autor, definen a la crisis política:

- a. El estrechamiento del espacio político.
- b. El sentimiento de la inestabilidad de la política.
- c. La desaparición de la voluntad para alcanzar un “sentido común”.
- d. El antagonismo creciente entre la sociedad y la política.
- e. Desaparición del debate público.
- f. La modificación de la naturaleza de la decisión. La decisión pasa a ser definida por criterios técnicos y no criterios de significación política. Criterios de legalidad y no de legitimidad.
- g. Las causas ideológicas de la lucha y división políticas han dejado de existir.

En este esquema se percibe a la separación entre “esfera pública y esfera privada” como un problema significativo de la crisis política.

La política en la esfera pública tiene “sentido”, en cambio en la privada no queda muy claro su ámbito de aplicación y se pone en entredicho la problemática de la legitimidad. En las circunstancias actuales se asiste a una transformación que tiene consecuencias en las formas de representación, en la matriz de las relaciones entre Estado, sistema político partidario, economía y sociedad. La transformación consiste en que transitamos en América Latina de una matriz sociopolítica que se caracterizó por la función, confluencia y subordinación entre estos elementos, a una caracterizada por la creciente autonomía y tensión complementaria entre ellos.

³⁸ Véase Nicolás Tenzer, *La sociedad despolitizada*, Paidós, Buenos Aires, 1991, en especial los capítulos sobre “La crisis” y “El fin de las referencias”, pp. 11-36 y 163-232.

El eje clásico de las relaciones político-sociales en Latinoamérica presentaba diversas características, a saber: el Estado o los partidos absorbían y/o supeditaban a la sociedad, la instancia partidaria agotaba las formas de expresión de los actores sociales, o los actores sociales y la sociedad civil se presentaban por sí solos y hacían irrelevante el sistema partidario, esto a través de la expresión directa o por la vía caudillista, clientelar o corporativa en el Estado.

En todos esos casos la política era el espacio donde se expresaban intereses, necesidades y demandas, era un vínculo que transformaba a los individuos y organizaciones en actores políticos. La política era el factor clave en la constitución de las identidades de los actores y sujetos.

A finales de los años setenta esa matriz clásica de simbiosis entre Estado, política y sociedad, se empezó a alterar y a desdibujar. Posteriormente, en el marco de las políticas neoliberales, se produjo su desarticulación.

Las transformaciones y modernizaciones a nivel global hicieron patente el agotamiento de esa matriz clásica, donde la política desempeñaba el rol de articulación, participación y representación.

El profundo sentido de los cambios en América Latina se expresa hoy con procesos de descomposición general en donde la cohesión y el control social, la institucionalización de la lucha política, han sufrido un trastocamiento. Se asiste a un nuevo protagonismo estatal, de partidos que buscan redefinirse por su capacidad de representación y sociedades civiles o actores sociales (movimientos sociales) que buscan cada vez más su propia identidad, fortalecimiento y participación en la vida social.

Sobre este punto M. Antonio Garretón señala que el éxito de las transiciones modernizadoras depende, en gran medida, de la capacidad que tengan las sociedades de nuestro continente para constituir la nueva matriz de relaciones sociales entre Estado (momento de unidad), partidos (momentos de representación y articulación) y sociedad (momento de la diversidad y participación).³⁹

Otro cambio no menos importante es el que se observa en la cultura política en los modelos de acciones y luchas colectivas. Por otra parte, los principios utópicos que servían de marco de referencia a la igualdad, la libertad y la justicia se están descomponiendo aceleradamente.

Dicho de otra manera, son la política y la acción colectiva las que están en entredicho y tienden a ser reemplazadas por ideologías individualistas, apatías

³⁹ Véase M. Antonio Garretón, S. Sosnowski y B. Subercaseaux, *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, FCE, Santiago de Chile, 1993. Véase también de M. Antonio Garretón, *Hacia una nueva era política*, FCE, Santiago de Chile, 1995.

y refugios diversos, o formas de organización, y que buscan valorizarse en sí mismas y jugar un rol significativo en la constitución de nuevos movimientos sociales.

De ahí que, según Tenzer, en el seno del pueblo y la sociedad se valoran las “generalidades formales” en detrimento de las “diferencias reales”. Esto sugiere la valoración de la vida cotidiana y los problemas que implican su contenido reivindicativo específico.

Otro problema planteado, que ciertamente llama la atención, es la situación actual en la que el “destino común desaparece” al desmantelarse la esfera pública, lo cual hace imposible que la “conciencia histórica” tenga un lugar. De ahí la propensión del individuo y la sociedad a escapar hacia la esfera privada.

Por otra parte, el autor nos invita a reflexionar sobre la crisis en función de la época o momento que vive hoy el mundo.

En el pasado se asistía a una crisis en la sociedad, entendida ésta como crisis parcial y particular. En cambio en la actualidad se observa una crisis de la sociedad. El mismo autor dice que no hay esencia intemporal de la crisis: cada una de las crisis debe ser apreciada en función de una época y sugiere la necesidad de evaluar la gravedad específica de cada crisis y la “urgencia de actuar para salir de ella”.

Tenzer señala cinco factores que, además de impedir una salida de la crisis, la perpetúan y la agravan:

- a. Una relación ambigua con el poder político.
- b. El temor a los conflictos, que desemboca en la inacción política.
- c. Deformación de la idea de libertad. La libertad es separada de un contenido concreto. La libertad se vuelve contra sí misma. El individuo, en nombre de la libertad, es abandonado a la tiranía de las fuerzas del mercado.
- d. Deficiencias en la definición de las finalidades (objetivos políticos). Incapacidad para definir principios de organización colectiva.
- e. El fin de las referencias, es decir, de los grandes proyectos y paradigmas y principios institucionales que gobernaban a nuestras sociedades.

Tenzer medita, a propósito de la crisis, en torno a la cuestión del sentido de la historia y toma su distancia de las concepciones sobre el fin de la historia. En este punto se expresa de manera clara todo su razonamiento sobre el futuro y la incertidumbre del presente.

En este camino de reflexión teórica el autor plantea que “la cuestión del sentido de la historia es la interrogante capital de nuestra época, cuando hemos descubierto lo absurdo del mundo y la dificultad para imaginar el futuro. Si la historia que se hace no tienen significado, la historia que se dice no sirve para nada; nuestra época ya no merecería el calificativo de historia”.

“La cuestión del sentido de la historia permite distinguir entre sociedades ‘históricas’ y sociedades ‘estancadas’, entendiéndose que el grado de historicidad de una sociedad está dado por la velocidad en que su historia progresa”.⁴⁰

Esta distinción permite situar a la historia bajo el signo de la contradicción: la filosofía de la historia no reside en una interpretación del pasado, rico en lecciones para el futuro, sino en una explicación de nuestras incertidumbres y en una exposición de nuestra zozobra ante el porvenir. En esta perspectiva la dualidad de los términos “sentido” y “fin” ilustra los desafíos del debate sobre la historia del futuro.

Finalmente Tenzer explica el “síndrome de la despolitización” acudiendo a los siguientes factores:

- a. El “consenso insignificante”. En las circunstancias actuales el consenso sólo puede existir por defecto. Esta situación sucede por el estrechamiento de la política, ocupada ahora por cuestiones en las que el ciudadano no especialista no tiene nada que decir o aportar.
- b. La orientación del debate hacia los temas tecnocráticos, de manera que el consenso por defecto expresa la idea de que el ciudadano parece querer responder individualmente a los problemas relativos a su manera de ser. En este sentido el consenso por defecto es también la voluntad de no hacer entrar en el campo político temas sobre los cuales no hay consenso *a priori*.
- c. La ocultación de los fundamentos históricos doctrinales que han desaparecido de la escena política, lo cual lleva a la idea de que las cuestiones propiamente políticas ya no existen.
- d. La existencia de una “opinión” pública inalienable. La opinión pública se expresa políticamente mediante la “deliberación”. La democracia no es resultado del conformismo, añade Tenzer, sino de la expresión política de la voluntad común.
- e. La imposibilidad de que la sociedad pueda concebirse a sí misma desde el ángulo de la unidad. Hoy la sociedad está regida por relaciones de fuerzas y poderes en beneficio de intereses tan sólo locales y

⁴⁰ Véase Nicolás Tenzer, *op. cit.*, p. 208. En general el autor realiza una excelente reflexión sobre el sentido del fin de la historia y sobre el por qué hacer historia.

parciales. La sociedad parece funcionar sin acuerdo sobre sus principios y en ella se observa una solidaridad organizada, pero sin sentimientos de pertenencia a un mundo conocido.

Tenzer valida sus tesis desarrollando otro punto de vista sobre las consecuencias de la pérdida de referencia. Su argumento consiste en que los conflictos en el mundo contemporáneo son menos cruciales porque al carecer de referencias básicas las razones para luchar pierden contundencia; “la indiferencia ejerce un efecto pacificador”. El “consenso insignificante” se transforma en un recurso más para que cada cual pueda vivir su existencia individual en la más absoluta soledad.

Coincide con Morín y Luhmann al señalar que en este mundo desgarrado, sembrado de barreras infranqueables entre los hombres, “lo universal” podría elegir su domicilio en lo particular, única realidad y único motor de la construcción histórica.

Por último, dado el proceso de transformación que se desarrolla en América Latina, estaríamos pasando de una política de confrontación —como la que caracterizó a la política regional durante las décadas anteriores— a una política de consensos, y ello sin duda alguna constituye el inicio de una nueva cultura y estilo políticos. Sin embargo, el gran problema de la “política consensual” es que no se refiere a la política sustantiva o a temas de fondo; pareciera ser que el nuevo estilo se refiere más bien a cuestiones puntuales.

El consenso sobre temas fundamentales requiere de una confrontación pública y democrática que tenga efectos en el largo plazo y en el tipo de sociedad que se está construyendo.